

DENISE CÔTÉ

ILUSTRADO POR FRANCISCO NAVA BOUCHAIN

Viaje en el tiempo



1889

se

Lectulandia

Toda la familia y los amigos de Maximino se encuentran reunidos para festejar su cumpleaños. Después de almorzar, Maximino y Jo deciden salir a dar un paseo.

De pronto descubren en la recámara de Maximino un par de botines viejos. Maximino los toma y empieza así una extraordinaria aventura en el tiempo, que ellos jamás hubiesen creído posible.

Denise Côté

Viaje en el tiempo

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2026

Título original: *Le voyage dans le temps*

Denise Côté, 1989

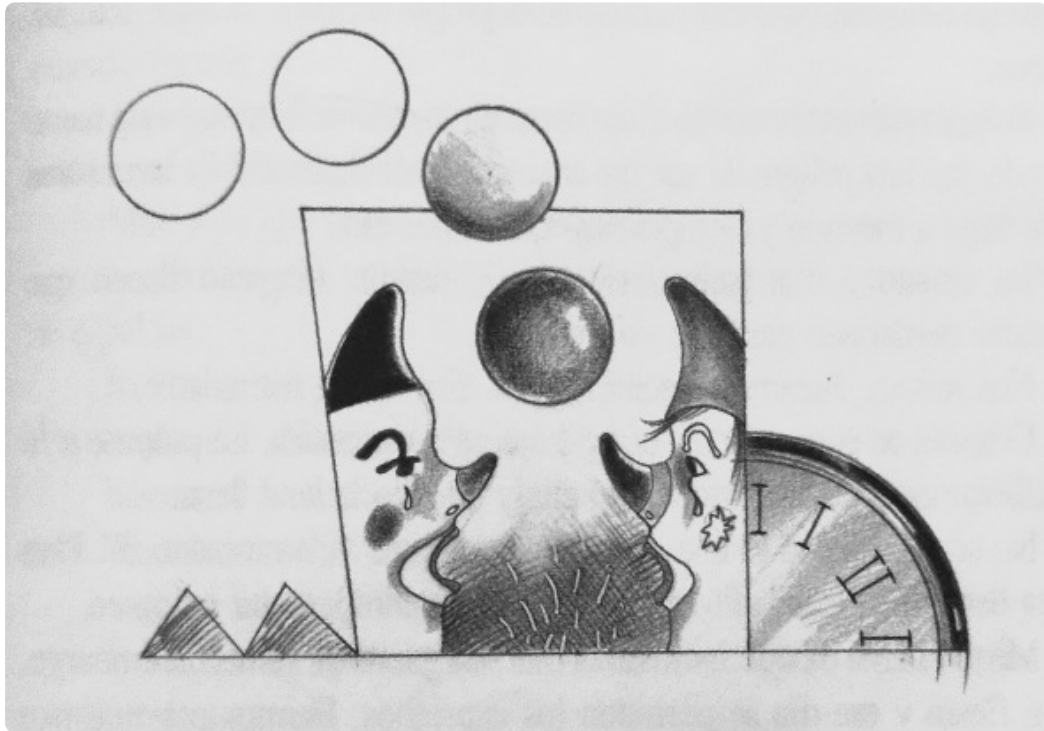
Traducción: Gabriela Peyrón

Ilustraciones: Francisco Nava Bouchaín

Editor digital: Titivillus

ePub base r3.0 (ePub 3)

¡Extraña sorpresa!



MI QUERIDO MAXIMINO, ES TU TURNO, AHORA HÁBLANOS DE AMOR...

Me cantaron la canción de cumpleaños cuando menos diez veces. Y mi hermana Ozzie, tres veces ella sola, en tres ritmos distintos. Reggae, rock y rock pesado.

Como la mayoría de las verdaderas rockeras, Ozzie siempre hace todo por verse lo más fea posible. Me refiero a su aspecto.

No entiendo en absoluto a los muchachos que la rondan. Aunque digan que en gustos se rompen géneros, hay un límite para todo.

Toda mi familia estaba ahí, alrededor de la mesa. Cuando me refiero a mi familia, hablo también de Jo y de Pulgar. Jo no es mi hermana, por suerte. Porque no está bien visto enamorarse de tu propia hermana, aunque sólo seun poco.

Pulgar es mi mejor amigo. Pero como es un muchacho y está muy fuerte y grande, ¡no hay peligro de que me enamore de él algún día! Es una broma que le hago a menudo y siempre nos reímos por eso.

En cuanto a mis padres, Hugo y Mirabelle, tampoco tienen que esforzarse demasiado para que yo los adore.

Nos reímos. Jugamos. Recibí regalos. Era un día formidable.

Después de comer, se me ocurrió una idea romántica. Le propuse a Jo que saliéramos a dar un paseo. Sólo ella y yo bajo la luna llena.

No sé en realidad lo que quería decir con una «idea romántica». Pero la luna llena es lo más bello que se haya inventado para dar un paseo.

Me di cuenta de que Jo no tenía muchas ganas de salir. Sin embargo, era mi fiesta y ese día se permiten los caprichos. Fuimos por nuestros abrigos a mi recámara. Como era otoño, hacía cada vez más frío por la noche.

Estaba abotonando mi abrigo cuando Jo me pidió que viera algo.



—¿Ver qué?

—¡Allí, allí! ¿Qué es eso?

Ella me señalaba algo raro en el piso, junto a la cama. Me acerque. No era una cosa, sino dos. Y esas dos cosas eran negras, brillante y no muy bonitas.

—¡Unos botines! —exclamó Jo—. ¡Botines del tiempo de mi abuela! ¿Qué hacen aquí?

Yo también me lo preguntaba. No estaban cuando entré durante el día a mi recámara. Eran unos botines muy viejos y muy grandes que llegaban más arriba de los tobillos, con unos cordones de un metro cuando menos.

A pesar de ser viejos, estaban limpios y bien lustrados. Nunca había visto unos vejstorios como éstos.

Miré a Jo con una sonrisa inteligente.

—¿Es tu regalo, verdad? Los sacaste de su escondite mientras yo estaba de espaldas.

Jo hizo una mueca.

—¡Jamás! ¡No tengo tan mal gusto!

Bueno, si Jo no los había comprado, simplemente había sido alguien más. Me senté en el borde de la cama.

—¿Qué haces, Maximino?

—Me los voy a poner y se los enseñaré a los demás. Así sabremos quién me dio esta sorpresa.

—¡Extraña sorpresa! Debe ser una broma de Ozzie o de Pulgar.

Me quité los zapatos y me puse el primer botín. Estaba muy pesado y demasiado grande para mí. Olvidé los cordones y me puse de pie para ver cuál era mi aspecto. Jo se rió.

—¡No te quedan para nada, Maximino! Parece que se te hubiera hinchado el pie. ¡Son como zapatos de payaso!

Me puse el otro botín. En cuanto me levanté, la cabeza empezó a darme vueltas. Miré a Jo. Estaba borrosa. Los muros de mi recámara se movían.

—¿Estás bien, Maximino? Te ves raro.

Su voz sonaba extraña, como en una mala grabación. La recámara aparecía y desaparecía sin cesar. Yo tenía miedo. Sentía como si me fuera a desmayar.

Jo puso su mano en mi brazo. Seguía hablando, pero yo ya no escuchaba. A mi alrededor, todo parpadeaba cada vez más deprisa.

Bajé la cabeza lentamente. No podía moverme como deseaba. ¡Los botines! ¡Por culpa de ellos me sentía tan mal! ¿Por qué reaccionaba así? No lo sabía. ¡Pero tenía que quitarme esos botines de inmediato!

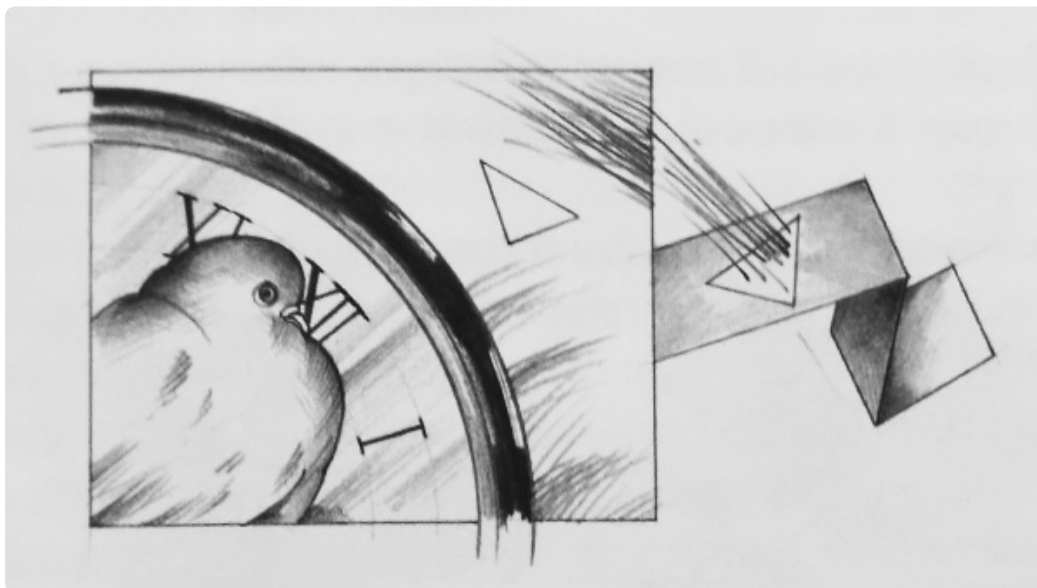
Traté de agacharme. La cabeza me dolía demasiado. Quise pedirle a Jo que me ayudara, pero no me salían las palabras. De pronto vi todo blanco. Creí que me había quedado ciego.

Después sentí como un mareo. Me aferré a Jo con ambas manos y después todo se oscureció a mi alrededor.

La oscuridad duró mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

Creí que estaba muerto.

¿Me podría decir en qué año estamos por favor?



CESÓ EL MAREO. EMPECÉ A VER OTRA VEZ LO QUE ME RODEABA. AL PRINCIPIO las imágenes temblaban, como a través de las lágrimas. Luego mi vista volvió a ser normal.

Jo estaba muy cerca de mí. Me miraba aterrorizada. Yo seguía aferrado a ella.

Ya no se oían las risas detrás de la puerta.

Y ya ni siquiera la puerta estaba ahí, ni los muros. Y los ruidos de la fiesta se habían esfumado.

Mi recámara había desaparecido. En lugar de ella, veíamos una calle con casas a los lados, gente que caminaba y el cielo gris por encima de nosotros.

El aire que se colaba por mi abrigo me hizo temblar. También sentía mucho miedo. Jo se pegó a mí como una enamorada rendida. Pero estoy seguro de que su intención no era ponerse romántica.

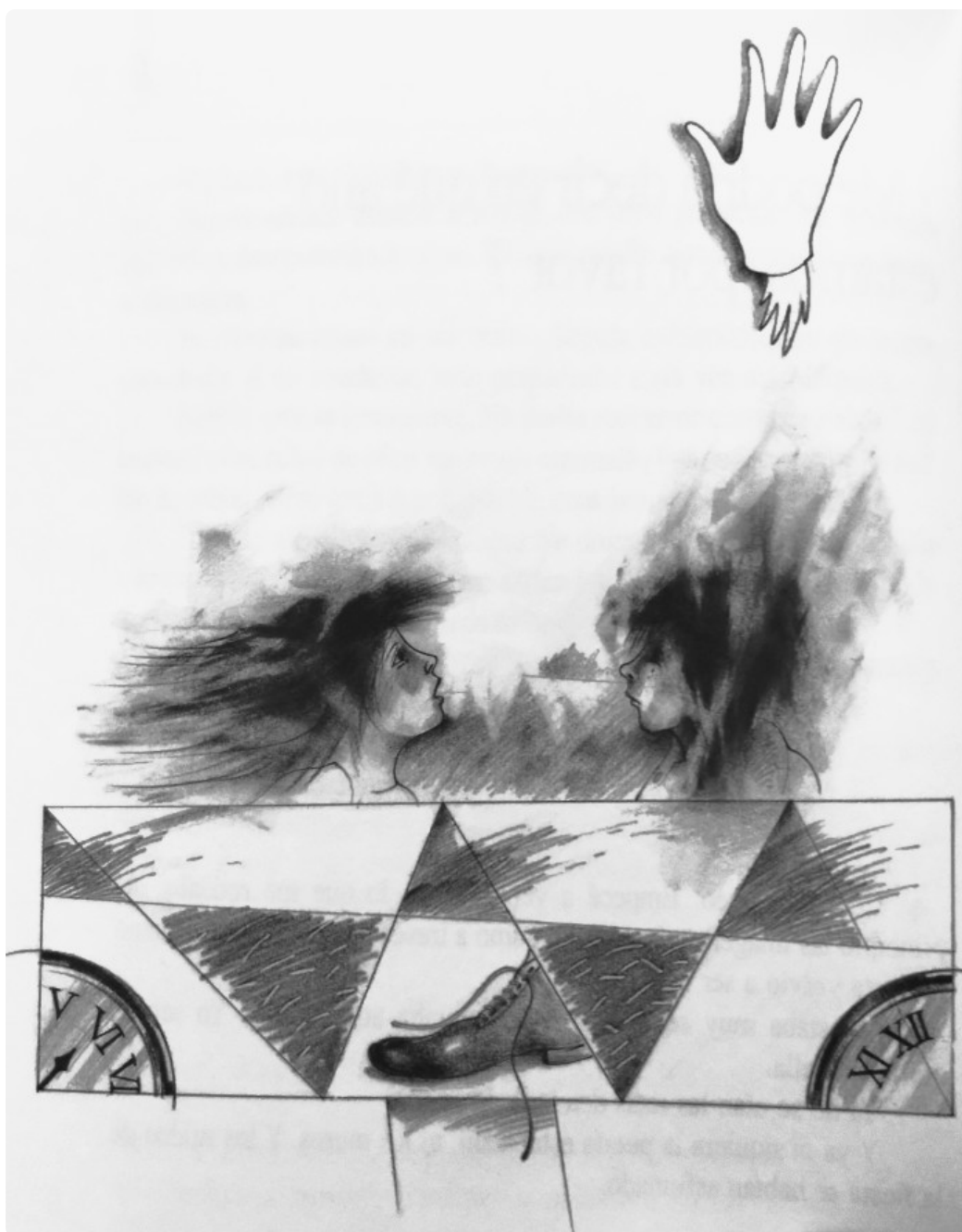
—¿En dónde estamos, Maximino?

En la vida hay muchas preguntas sin respuesta. Es lo que me dice Hugo, cuando sus enciclopedias ya no sirven de nada. Jo acababa de hacer una de esas preguntas.

Todos los peatones tenían un aspecto anticuado, con su ropa extravagante y sus sombreros raros. Hasta los niños parecían pasados de moda, y había muchos en la calle.

No se veían edificios con sus millones de ventanas. Solamente casas, no muy altas, que se veían como fuera de lugar.

Ni siquiera había automóviles. En lugar de ellos, había hombres que conducían unas carretas tiradas por caballos. Todo se veía muy viejo, como en las fotos de los libros de historia. Parecía la escenografía de una película.



—¿En dónde estamos? —repetía Jo—. ¿Por qué estamos aquí? Si Ozzie o tus padres nos jugaron esta broma, ¡no le veo la gracia!

—Imposible, Jo. Nadie hubiera podido hacer una broma así.

Los dos bajamos la cabeza para ver mis botines.

—¡Es por su culpa! —dijo Jo casi gritando—. ¡Es por los botines! ¡Quítatelos, pronto!

Cuando uno está en problemas, lo más lógico no es acusar a un par de botines. Pero en tales circunstancias yo no quería pasarme de lógico.

Con un botín bajo cada brazo, arrastré a Jo más lejos.

Examinaba las casas tratando de reconocer algo en ellas. La hipótesis de un escenario de películas no era muy firme. No se veía ninguna cámara en el horizonte, ni a nadie parecido a un director.

Y si estábamos en plena filmación, los actores hacían su papel demasiado bien. Todos parecían enojados o tristes. Durante ese día Jo y yo sólo habíamos visto sonrisas, y esto era un contraste.

La gente empezó a mirarnos con asombro. ¡Un chico en calcetines, con el frío que hace en otoño, tenía que llamar la atención!

Caminamos más rápidamente. De pronto, una campana sonó a nuestras espaldas, muy cerca. Justo detrás de nosotros, un caballo especie de tren y nosotros estábamos en su camino. Tiré a Jo de la manga. Me di cuenta de que una vía de tren pasaba en medio de la calle.

—¡Un tranvía! —dijo— Así se llaman. Vi uno en una foto vieja.

—Lo mueve un caballo. Qué raro. ¿Habría falta de gasolina o algo así?

—Antes, los caballos remplazaban a los motores. Los científicos aún no habían descubierto el automóvil. ¡Pero eso era antes! ¡Y nosotros vivimos en 1989! ¡Tengo miedo, Maximino! ¡Esto es horrible!

Una mujer se detuvo junto a nosotros para examinarnos. Iba bien vestida, con ropa antigua y muy elegante. No huimos, pues tal vez podría ayudarnos.

—¿En dónde compraron sus padres esos abrigos?

También miraba mis calcetines y no salía de su asombro al ver las cosas raras que hacían los jóvenes. Yo fui quien le contestó.

—Señora, tenemos un problema. Tal vez...

—Nunca había visto abrigos parecidos. ¿Es una nueva moda?

—Mi amiga y yo estamos totalmente perdidos. Ayúdenos, por favor. ¿Podría decirnos en dónde estamos en este instante?

—¿En qué ciudad estamos, señora? Es muy importante, ¡estamos perdidos!

Por un momento pensó que nos burlábamos de ella. Después, nuestra cara de perros extraviados la hizo cambiar de idea.

—Parecen absolutamente perdidos, efectivamente. ¿No saben que están en Quebec?

Con los ojos más abiertos que nunca, Jo me miró.

—¿En Quebec? ¡Pero Quebec no se parece a esto! Es nuestra ciudad y la conocemos bien.

Entonces la señora nos miró por encima del hombro y cruzó la calle. Jo corrió tras ella.

—¡Por favor, díganos en qué año estamos!

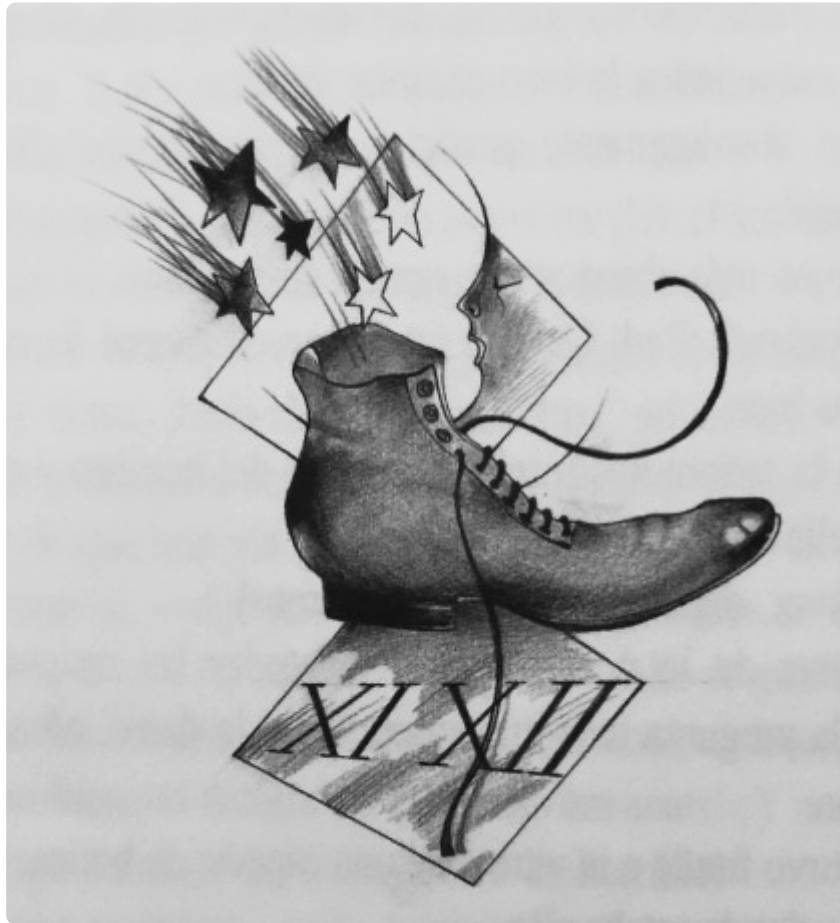
La pregunta de Jo no era tonta. Con todas las antiguallas que nos rodeaban, era la pregunta más importante. Pero la dama, ofendida, se alejó sin hacer caso.

Jo se detuvo frente a la vitrina de una especie de botica. No se movía. Fui corriendo a donde estaba ella.

A través de la vitrina se veía un calendario con números muy grandes para cada uno de los días. Jo se había petrificado al ver el año que aparecía.

Yo también quedé mudo al saber que estábamos en 1889.

La Carbonera



—NO HAY QUE PERDER LA CABEZA. DEBE HABER UNA EXPLICACIÓN.

Eso es lo que siempre se dice en estos casos. Pero yo no tenía ni media explicación para esto.

Esa gente de otra época seguía caminando sin darse cuenta de que vivía un momento histórico. Para nosotros era tan evidente, que nos tapábamos la cara con las manos para llorar.

Luego a Jo le dio un ataque de rabia contra los botines. Quería arrancármelos y aventarlos lo más lejos que pudiera. Realmente los

odiaba. Traté de consolarla. Estaba algo enamorado de ella, pero comprendí una vez más que el amor no lo arregla todo.

—Jo, necesitamos esos botines. Es nuestra única pista, ¿entiendes?

—¡No, no entiendo!

—Son muy viejos. Quizá tengan cien años. Y 1889 es cien años antes de mi cumpleaños. Los botines podrían venir de aquí, ¿comprendes?

—¡Eso no nos lleva de regreso a casa!

—No sé qué hacemos aquí. Tampoco sé qué tienen que ver los botines en todo esto. Pero te juro que vamos a regresar a casa.

Sin duda me sentía como un héroe. Pero estaba fingiendo. En realidad, nunca antes había tenido tanto miedo y ese extraño miedo me dolía en la garganta.

—Ven. Vamos a tratar de informarnos si alguien los ha visto alguna vez. Nunca se sabe.

—¿Y si pedimos ayuda a la policía? ¿Podríamos explicarles!

Me hubiera gustado mucho hacerlo. ¿Pero quién habría creído nuestra historia? «Mire usted, señor agente, venimos del año 1989. Viajamos hasta aquí en un par de botines. ¿Podría usted conducirnos de regreso a casa?»

El policía se habría reído en nuestra cara, o nos habría llevado a un manicomio. Seguramente podíamos intentar otras soluciones antes de la camisa de fuerza.

Mientras caminábamos, nos rebasó una carreta. No se veía lo que transportaba, porque la carga iba cubierta con una sábana blanca. Pero escuchamos un quejido.

Miramos bien. La sábana se movió. Una manita pálida salió y la sábana resbaló, lo suficiente para ver a dos niños acostados en la carreta.

—¡Es horrible! —dijo Jo—. ¿Qué les hicieron a esos niños? ¡Están tirados en una carreta como si fueran sacos de harina!

Un grupo de hombres pasó haciéndonos a un lado como si no existiéramos. Hablaban en voz fuerte. Parecían enojados con alguien. Pero pasaron demasiado rápido como para enterarnos de qué hablaban.

De pronto, Jo sonrió y me señaló una tienda. Era su primera sonrisa desde nuestra llegada a ese bajo mundo. Arriba de la puerta se leía la palabra «zapatero». Pensé que Jo era genial. Si alguien podía identificar un par de botines, ¡tenía que ser un zapatero!

El hombre trabajaba detrás de su mostrador. Ahí dentro olía a grasa y a cuero. Un agradable olor antiguo. Como todos los demás, nos miró abriendo mucho los ojos.

Le mostré el par de botines. Después de examinarlos, dijo refunfuñando:

—¿Qué tienen estos botines? Están nuevos.

—No se trata de una compostura, señor. Sólo queremos saber si los ha visto antes.

—Nunca antes los había visto. Pero sé de dónde vienen. Conozco mi oficio.

El nudo en mi garganta se aflojó un poco. Jo dio un pequeño salto de gusto.

—Fueron hechos en la fábrica Bogarty. Tienen su estilo.

La fábrica en cuestión estaba muy cerca. Dimos las gracias al zapatero y nos fuimos.

La esperanza nos daba alas. Pero eran alas que volaban bajo, pues íbamos acongojados. En nuestro camino hacia la fábrica, nos cruzamos con más carretas cubiertas con sábanas blancas.

Unas mujeres lloraban a su paso. Algunos hombres hablaban a gritos entre sí. Sólo los niños parecían conservar la calma.

Entre más nos acercábamos a la fábrica, las casas eran más feas. También la gente parecía peor vestida. Aún no reconocía bien la ciudad de Quebec, pero todo empezaba a tener un aspecto familiar.

Casi gritamos al ver el gran edificio con el letrero «Botas y Zapatos Bogarty».

Junto a la fábrica había una tienda de zapatos. Entramos corriendo. Mis calcetines estaban empapados. Pero cuando andas perdido en otra época, no te fijas en esos detalles. Sin querer, azotamos la puerta.

—¡Pequeños salvajes! —gritó el vendedor—. ¿Acaso sus padres no los educaron?

Estábamos hartos del mal humor por todos lados. Pero no contestamos nada porque la violencia no conduce a nada y sobre todo, porque no era el momento. Mientras el vendedor nos regañaba frente a sus clientes, notó los botines en mis manos.

Retrocedió de golpe. Parecía que hubiera visto dos pistolas en lugar de un par de zapatos. Ya no hablaba, pero su boca estaba abierta como cuando uno va al dentista.

—¿Qué pasa, señor? ¿Qué tienen mis botines?

Los levanté un poco y el vendedor dio un paso atrás. Los clientes nos veían sin entender nada.

El vendedor me preguntó, apuntándome con su dedo amenazante:

—¿En dónde encontraste esos botines?

—Son míos. ¿Fueron fabricados aquí, verdad?

Se santiguó rápidamente.

—¡Que Dios me perdone! ¿En dónde los encontraste?

—En ninguna parte, ya le dije.

—¡Pequeño mentiroso! Sabes bien quién los mandó hacer, hace seis meses, ¡Pequeños demonios! ¿Por qué vienen aquí a atormentarme?

Se abalanzó contra mí como un camión en marcha.

Afortunadamente el mostrador le impedía el paso, pues de lo contrario habría pasado algo horrible. Gritó.

—¿En dónde se esconde ella?

—¿A quién se refiere usted?

—¡Lo sabes bien! ¡Esos botines le pertenecen! ¡Ella los quería! ¡Sólo Dios sabe para qué!

—Vámonos, Maximino.

—¡Son cómplices de la Carbonera! —gritó el vendedor.

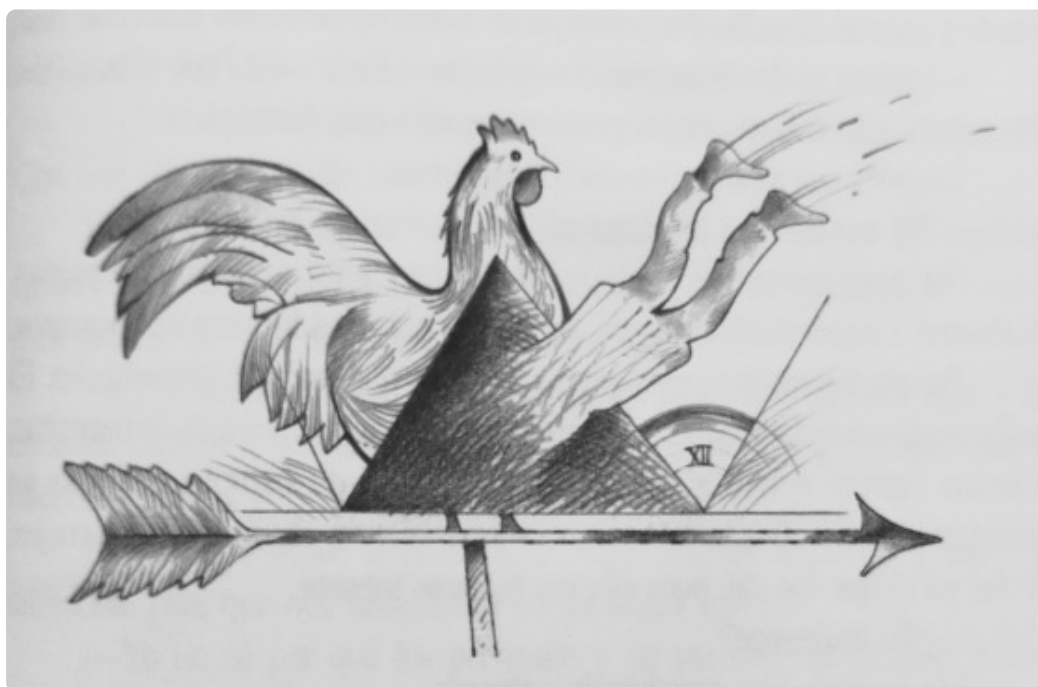
Los clientes se apartaron como si fuéramos unos criminales. Yo tenía razón: ya no teníamos nada que hacer ahí. Huimos hacia la puerta.

—¡No los dejen escapar! ¡Atrápenlos!

Todo el asunto se había convertido en una locura, o tal vez todos estábamos trastornados. Salimos rápidamente, pero el vendedor seguía haciendo escándalo.

—¡Atrápenlos, deben pagar por sus víctimas inocentes! ¡Son demonios del infierno!

La señora Fortune



YO CORRÍA COMO EN LAS OLIMPIADAS Y JO NO SE QUEDABA ATRÁS. LOS peatones volvían la cabeza para seguir nuestra hazaña.

Nos escabullimos entre la turba y nuestros perseguidores nos perdieron la pista. Empezaba a oscurecer.

Cuando creímos que les habíamos ganado, dejamos de correr. Habíamos bajado por una larga pendiente sin mirar adonde íbamos. Ahora podíamos ocuparnos de lo que pasaba a nuestro alrededor.

A la izquierda había un puerto, y atrás, un río. El río San Lorenzo, por supuesto. Éste no había cambiado mucho en cien años.

Estábamos en un callejón con muchos niños vestidos pobremente. Varios llevaban sombrero. Las casas eran feas y sucias, y unos tablones de madera cubrían la calle. Por todas partes había desperdicios que olían mal.

—¿Sabes en dónde estamos? —dijo Jo—. En la calle Petit-Champlain. He estado aquí con mi mamá pero era un sitio más turístico.

Después sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mi mamá... me pregunto en dónde estará en este momento.

No tuve tiempo de decir nada. Alguien gritó a nuestras espaldas, Volvimos a correr hacia el puerto, con varias personas furiosas tras nosotros.

Por poco y me detengo para preguntarles qué mal habíamos hecho. El valor es algo muy bello y heroico pero casi nunca está ahí cuando lo necesitas. Nuestra carrera volvió a llevarnos a la calle Petit-Champlain. Como yo constantemente volvía la cabeza para ver hacia atrás, choqué con una mujer. Y fui yo el que me caí, pues ella era bastante robusta.

—¿Te lastimaste?

Me levanté, listo para seguir corriendo.

—No corran más. Escóndanse aquí.

Nos señaló la entrada de un patio. Había mucha bondad en los ojos de esa mujer. No lo pensamos demasiado.

Entró con nosotros al patio y nos empujó por una escalera.

—Suban. No los buscarán en nuestra casa.

La puerta se cerró y nos encontramos en medio de un grupo de niños, en una habitación minúscula y no muy limpia. Los niños muy pobres, nos miraban atentamente desde su pobreza.

Era muy raro ver todos esos muebles folclóricos: la estufa de hierro, las sillas de madera y todo lo demás. Esas personas debían morir de aburrimiento sin televisión.

La mujer nos dijo que su nombre era señora Fortune.

—¡Estás descalzo! ¿Por qué te quitaste tus botines?

—No son míos. Son un regalo para mi mamá.

—¿Cómo puede ser que tengas un abrigo tan bueno y no lleves zapatos? Con este frío te va a dar tuberculosis.

Buscó en una maleta vieja y después me dio un par de zapatos agujerados. Me los puse y la señora Fortune me dio dos pedazos de cordel para atarlos. Se veía muy contenta de su acción.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó Jo—. Nos esconde aquí y le da unos zapatos a Maximino, mientras que allá fuera hay gente que quiere

hacernos daño.

La señora Fortune tenía unos grandes cachetes redondos y eso era suficiente para que nos sintiéramos en confianza con ella.

—Yo no sé por qué los persiguen y no me importa. ¿Cómo puede alguien querer lastimar a unos niños? Yo tengo a tres trabajando en la fábrica y no hay semana en que el capataz no los maltrate.

Los hijos de la señora Fortune hacían comentarios sobre nuestra ropa. Deben haber pensado que éramos ricos. Decidí sincerarme un poco con la señora Fortune.

—Jo y yo estamos perdidos. Los que nos persiguen dicen que somos cómplices de la Carbonera. Pero no conocemos a nadie con ese nombre. Acabamos de llegar a la ciudad.

—¿Cómo! ¿La Carbonera?

Tenía el mismo aire horrorizado que el vendedor de zapatos. Retrocedió un poco y apartó a sus hijos.

—No tenga miedo —dijo Jo—. ¿Pero qué les pasa a todos? ¿Quién es esa Carbonera?

Hubo una larga pausa llena de silencio y de duda. No sé si fue por su bondad, pero la señora Fortune recuperó la calma. Les dijo a los niños que fueran al patio a jugar.

Después nos miró de frente.

—¿Están seguros de que no conocen a la Carbonera?

—¡No conocemos a nadie! ¡A nadie, se lo juramos! —dijo Jo.

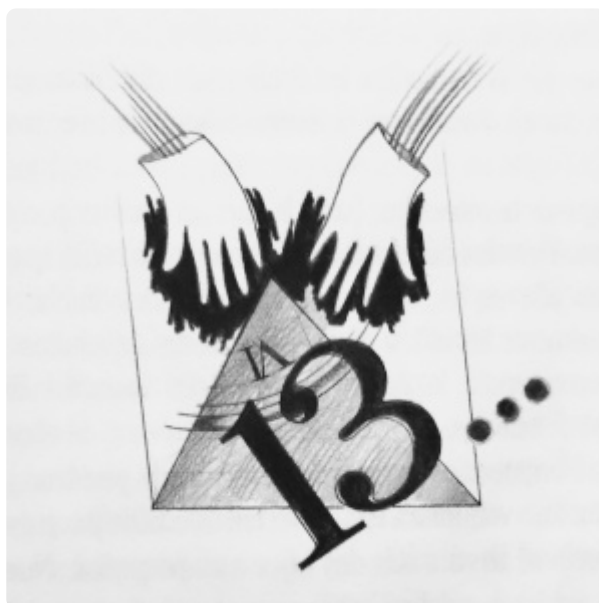
La señora Fortune bajó la cabeza y se santiguó.

—Les creo.

—¿Podría decimos ahora quién es esa Carbonera y por qué la gente la odia tanto?

—Hijos míos, la Carbonera fue expulsada de esta ciudad porque... ¡Porque es una bruja! ¡Sí, una bruja!

Bruja y hombre lobo



—¿UNA BRUJA? —DIJO JO—. PERO VAMOS, SEÑORA, ¡NO CREERÁ USTED EN ESOS cuentos! ¡Las brujas no existen!

—Desgraciadamente, hay pruebas de que sí existen. ¡La Carbonera es una bruja terrible! ¡Tiene tratos con el diablo!

La señora Fortune se sentó en una silla para contarnos mejor el asunto. Nos dijo que la Carbonera era una institutriz. Y también una infiel. Esto quería decir que no practicaba su religión.

Por poco le digo que de donde nosotros veníamos casi todo mundo era infiel y que eso era normal.

El verdadero apellido de la bruja era Carbonero. Pero, como su alma era oscura como el infierno, la gente le había puesto la Carbonera, por el color negro del carbón.

Parece ser que la Carbonera les decía cosas diabólicas a sus alumnos durante sus lecciones. Finalmente la habían echado de la escuela y después

de la ciudad.

Había algunos hombres que hasta la querían quemar, porque así deben morir las brujas. Pero los curas habían dicho que no había que exagerar.

—Cuando ella se fue, hubo una epidemia de viruela. Al principio morían principalmente los niños. Ahora hay decenas de adultos contagiados.

¡Ahora comprendía lo de los niños en las carretas! Estaban muy enfermos y quizá muertos.

La señora Fortune sacó un pañuelo de su vestido y se secó las lágrimas. No resultaba gracioso ver llorar a una mujer tan saludable y con esos cachetes.

—La viruela se llevó a mis dos hijos más pequeños. Nunca antes se había visto una epidemia así. La Carbonera embrujó el agua y la leche de las vacas.

Mientras la señora Fortune hablaba, Jo le acariciaba uno de sus grandes brazos para consolarla.

—Esta noche habrá luna llena. ¡La Carbonera va a aprovechar la ocasión para convertirse en hombre lobo! Eso les sucede a las brujas y a los infieles, Pero ya se están juntando algunos hombres para ir a atraparla. Le van a cortar el cuello para sacarle el diablo que trae dentro. Y nuestra ciudad se libraré de su maldición.

Recordé a los hombres coléricos que habíamos visto por ahí. Ahora que creían que éramos cómplices de la bruja, ¡también podían cortarnos la cabeza a nosotros!

No podíamos decir la verdad a cualquiera y contar simplemente que veníamos del futuro. Eso confirmaría que éramos brujos. Todas las apariencias estaban en contra nuestra.

—Señora, me apena mucho lo de la viruela y lo de sus hijos. ¡Pero no existen los hombres lobos! ¡Esos son cuentos de mi abuelita!

No me creía.

—¡Jorge el Grandote lo vio el mes pasado! Se paseaba en el campo por la noche y escuchó su aullido. Menos mal que Jorge el Grandote es astuto, pues de no ser así, la Carbonera lo habría devorado.

La señora Fortune hizo un gran ademán.

—Cuando se convierte en hombre lobo, La Carbonera es más grande que el más grande de los perros. Su pelo es negro como el hollín. Tiene los dientes largos y afilados. Y sus ojos burlones brillan como el fuego.

Nunca me han gustado mucho las películas de horror con vampiros, hombres lobos y charcos de sangre. Pero mientras todo eso se quede en la pantalla, puedo soportarlo.

Cuando el horror forma parte de la vida, es diferente. En cuanto a las emociones, estaba bien secundado por Jo, quien me miraba con ojos de S.O.S.

La señora Fortune tenía que preparar la comida. Permanecimos en nuestro rincón. Traté de ser razonable y fingí saber más que los demás.

—¡Qué época! Todavía creen en las brujas y en los hombres lobos. Nosotros sabemos muy bien que todo eso no existe.

Jo se veía muy pálida con su abrigo rojo. Sus labios temblaban.

—Maximino, los hombres lobos y las brujas no existen en 1989. Pero quizás en el pasado existieron. ¡Tal vez todavía los hay en 1889!

Ahora, el miedo no estaba sólo en mi garganta. Se había ocultado en mi pecho y allí se revolvía como un loco.

Jo se pegó a mí. Después de un segundo, no se sabía quién abrazaba a quien.

—Quiero regresar a casa, Maximino.

Sus lágrimas mojaban mi mejilla y yo trataba de mostrarme inteligente. Todo lo que lograba era llorar más que ella. Finalmente tuve un impulso repentino.

—¡Debemos ir a ver a la Carbonera, Jo! ¡Y contarle todo!

—¿Cómo? ¿Ir con esa bruja que se convierte en lobo? ¿Estás loco?

¡Nos matará!

—Es nuestra única alternativa para regresar a nuestra época. Fue ella quien mandó hacer los botines a la fábrica. Si queremos seguir esa pista hasta el final, ¡debemos verla!

—¡Nunca en la vida! ¡No quiero morir!



Yo tampoco quería. Morir a los trece años es inhumano. Tenía diez dedos como todo el mundo, pero aún no sabía que hacer con ellos. Si me moría ahora mis años de escuela no habrían servido para nada.

Y, además, me quedaban muchas películas por ver en la tele y muchos libros por leer. Sin olvidar a Hugo, Mirabelle y todos mis amigos que nunca me perdonarían si los abandonara.

Pero si no hacíamos nada, nos quedaríamos atrapados en una época que no era para nosotros.

Con tantos argumentos para convencerme a mí mismo, terminé por convencer a Jo. ¡Nuestra convicción no era muy grande! Era una convicción minúscula, insignificante. Habría hecho falta un microscopio para verla.

Pero cuando menos era algo.

Además, todos los grandes proyectos habían empezado de esa manera. Hugo me lo había dicho.

—¡No hay tiempo que perder! Los hombres se preparan para matar a La Carbonera. Hay que encontrarla antes de que sea tarde.

Todavía lloramos un rato, y después nos preparamos para salir.

¿Nosotros, duendes?



NADIE SABÍA EXACTAMENTE EN DÓNDE SE ESCONDÍA LA BRUJA. PERO LOS rumores indicaban que vivía en el campo, cerca de Beauport.

Por ese rumbo Jorge el Grandote había encontrado al hombre lobo hacía un mes.

Comimos algo. Después le dimos las gracias a la señora Fortune por su gentileza. Ella estaba inquieta por nosotros.

Le dije que trataríamos de encontrar a nuestros padres, que estábamos perdidos. Ni siquiera mentí. Amarré uno al otro mis botines con los cordones y me los colgué al cuello. Los botines no se veían bajo mi abrigo.

Afuera estaba muy oscuro. En 1889 no había faroles por todos lados ni anuncios luminosos que nos hicieran olvidar las estrellas. El cielo se veía despejado. La luna llena había salido de su escondite. No quería faltar a su cita macabra con la bruja.

Nuestro plan era simple y tonto, pero no teníamos otro. Los cazadores de hombres lobos debían salir a Beauport hacia las ocho de la noche. Nos

bastaría con seguirlos sin ser vistos. Debían reunirse en la puerta de San Juan. Como Jo y yo empezábamos a orientarnos en la ciudad, no sería complicado llegar a tiempo.

El único problema era llegar hasta allá. Era imposible pasar inadvertidos entre la gente, puesto que todos habían regresado a casa. Por lo tanto, tuvimos que escondernos usando las entradas de los patios, las puertas cocheras y las sombras de los muros.

En lo alto de la cuesta que llega a la Plaza Real, entramos por la calle Buade, después por la calle San Juan.

Sería falso decir que nos sentíamos como en casa, pero estábamos menos perdidos que al mediodía. Después de todo, era nuestra ciudad, a pesar de su aspecto antiguo.

Cerca de la puerta de San Juan había tres carretas y una veintena de hombres que gritaban a su alrededor. Muchos empuñaban hoces, como si fueran a cortar el heno, Otros llevaban unas botellas de vino.

Las hoces eran para cortarle el cuello a la Carbonera. Y el vino era para no sentir nada durante la operación. A eso se le llama anestesia.

No nos movimos hasta que partió la primera carreta. La mitad de los hombres habían subido a ella. A pesar de que mis conocimientos de geografía son pobres, calculé que les tomaría unas dos horas llegar a Beauport.

Por lo tanto, Jo y yo tendríamos dos horas para encontrar a la Carbonera, porque, según mi experiencia en horrores, ella se transformaría en lobo hacia la medianoche.

Los demás hombres se acomodaron en la segunda carreta y se fueron. La tercera carreta estaba cargada con heno. Nos echamos a correr y nos hundimos en la paja. Unos segundos más tarde, partimos también. Hasta ese momento, todo iba bien.

—¿Para qué sirve esta carreta? —me dijo Jo en voz baja—. Sólo necesitan dos para transportarse. ¿Crees que sea para traer el cadáver de la Carbonera?

Jo tiene a veces esas ideas negativas. Pensé en la sangre de la bruja que se desparramaría en el heno cuando le hubieran cortado la cabeza. Entonces, traté de ver el lado bueno de las cosas.

Nuestro paseo habría sido sensacional en otras circunstancias. Después de todo, estábamos a gusto en el calor de la paja. Olía un poco a establo. Y los cascos de los caballos que iban adelante hacían un ruido agradable.

—¿Qué vamos a decirle a la bruja? ¿Y si no nos cree? ¿Y si no nos deja hablar? ¿Y si en este instante ya se convirtió en hombre lobo? ¡Un hombre lobo no discute, simplemente te devora!

—Para empezar, Jo, no existen los hombres lobos.

—¡Pues los viajes en el tiempo tampoco! ¡Y mira cómo estamos con nuestras lindas teorías científicas!

Jo tiene una lógica terrible. De haberla escuchado, habría sabido de la carreta y habría escapado. Pero debía conservar la calma. No resulta fácil cuando se trata de brujas, de maldiciones y de hombres lobos.

Seguimos hablando así durante un buen rato. Creo que sin darnos cuenta habíamos subido el volumen, porque la carreta se detuvo. El conductor bajó y lo oímos caminar hacia nosotros.

—¡Ernesto! —gritó alguien—. ¿Por qué te detienes?

—Me parece haber oído unas voces. Voy a ver.

—¿Unas voces? ¡Santo Dios, quizá sean duendes! ¡Ten cuidado!

Aunque no éramos duendes, nos sentíamos aludidos. Empujé a Jo para bajarla de la carreta y salté al mismo tiempo. Corrimos hacia un lado del camino, hasta la cuneta. A nuestro alrededor ya no había ciudad, sólo el campo con toda su oscuridad y la luna llena vigilándolo todo. Subimos por una pendiente y nos ocultamos en la hierba.

Los hombres nos perseguían dando gritos. No sabíamos a dónde dirigimos. Sólo la luna nos alumbraba y no veíamos ninguna casa alrededor.

Estábamos perdidos. Me caí en un charco y Jo me ayudó a levantarme. Los cazadores del hombre lobo estaban muy cerca.

—¡No hay nada que hacer, Jo! ¡Detengámonos para explicarles quiénes somos!

—¡Sabes bien que no nos creerían! Tenemos que correr. ¡Vamos a escondernos en ese bosque!

El bosque estaba lejos. Corrí un poco, para demostrar que no me daba por vencido. Luego me caí al pie de un árbol. Me abracé a Jo. Lo único

que oía era muestra respiración. Parecía como si nos estuviéramos ahogando.

Mis botines se cayeron. Los hombres estaban ahora muy cerca. Algunos de ellos habían encendido antorchas.

Nos rodeaban, observándonos con maldad.

—¡Mírenlos! ¡Parecen ratas!

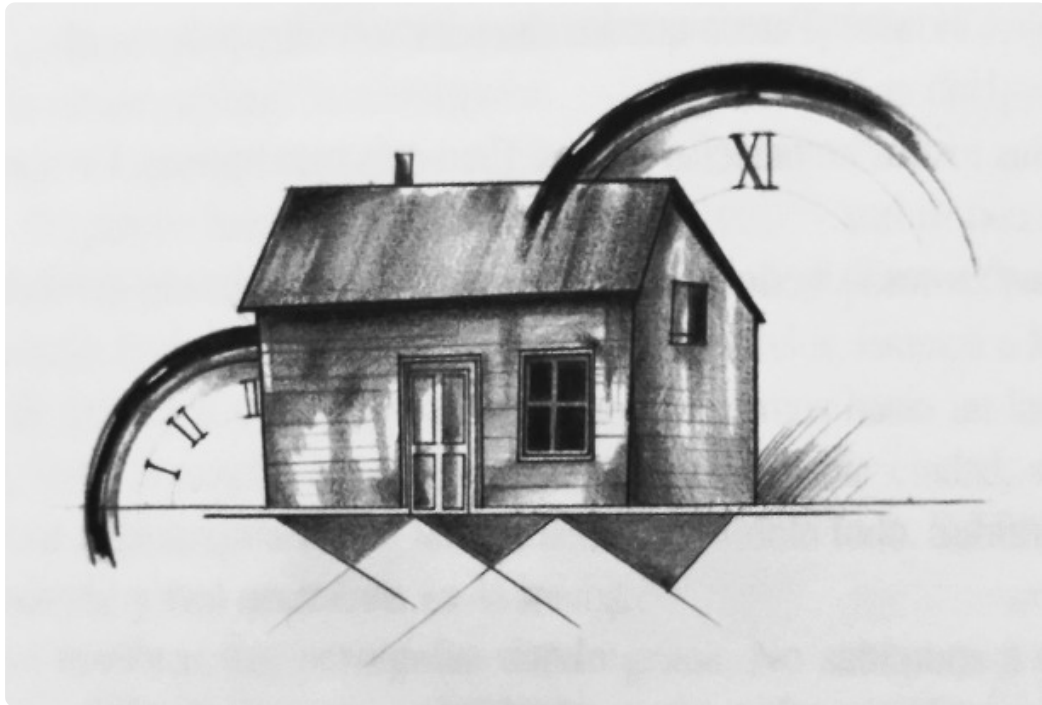
—¡Cuidado! ¡Parece que los duendes son muy peligrosos!

—¡Uno es hembra!

Sus rostros no parecían rostros. Eran más bien muecas. Un hombre se acercó con su hoz.

—¡Vamos, Alberto! ¡Córtales el cuello a estas criaturas del diablo!

La risa de la bruja



LA HOZ CAERÍA EN LOS PRÓXIMOS SEGUNDOS Y ENTONCES SE COMETERÍA UN grave error judicial. Pero yo estoy del lado de la justicia. No podía dejar que pasara eso, sobre todo porque yo mismo resultaría afectado.

Vi mis botines sobre la hierba y comprendí que la solución estaba en ellos. ¿Pero cuál solución?

Luego tuve la idea que me salvó la vida. Tomé los botines y me deshice a toda prisa de los zapatos. Mientras calzaba uno de los botines, el hombre se quedó inmóvil. Seguramente se preguntaba qué truco de duende iba a hacer

—¿Qué haces? —me preguntó Jo.

El loco de la hoz dio un paso más. Sus compañeros lo animaban con risas estúpidas.

—Si mis botines nos trajeron a 1889, pueden llevamos a donde está la bruja. ¡Agárrate de mi abrigo!

Al ponerme el otro botín sentí que la cabeza me daba vueltas. Rodeé con mis brazos a Jo para el despegue. Veía a los hombres aparecer y desaparecer. Luego las luces se apagaron y era como si todo el planeta estuviera girando más aprisa.

Cuando las cosas regresaron a su sitio, los cazadores de brujas habían desaparecido. Aún estábamos tirados y abrazados sobre la hierba como dos enamorados. En vez de un solo árbol, había cientos. Estábamos en un bosque. Todavía era de noche, y la luna tenía los cachetes hinchados como una toronja.

Me quité los botines con todo el respeto que se merecían. Me había reconciliado un poco con ellos. Después me calcé los zapatos que durante el viaje había conservado.

—Maximino, si algún día regresamos a casa, ¿crees que nuestros padres nos creerán?

—Nunca hay que pedir demasiado, Jo.

Estábamos muy contentos de estar vivos aún. Jo me sonreía. Sonreía jébilmente, pero de cualquier modo sonreía. Sólo nos faltaban nuestras bicicletas, el sol y 1989 para ser completamente felices. Traté de orientarme.

—No debemos estar muy lejos de la bruja. Tratemos de hacer el menor ruido posible. A pesar de que todo estaba en silencio, me cuidaba de los hombres que habían querido matarnos. Caminamos durante unos diez minutos tomados de la mano para no perdernos. Después Jo me señaló algo con el dedo antes de agacharse entre la hierba.

—Una casa, allá, ¿la ves?

A unos cien pasos de nosotros, estaba la casa en medio de un claro. Era en verdad pequeña y vieja. Estaba a punto de derrumbarse. En ese momento la luna estaba justo por encima de ella, como un globo atado a un cordel.

Nos acercamos pecho en tierra. De haber sido posible, habríamos cavado un túnel en la tierra para no ser vistos.

Ahora que la casa estaba ahí, todas esas historias de brujería me parecían verídicas. Esperádamos cualquier cosa, pero sólo podía suceder

lo peor.

Estaba tan nervioso, que casi grité cuando Jo me tocó la mano.

—Alguien acaba de salir. Mira.

Era una mujer vestida toda de negro, con los cabellos alborotados como fuegos artificiales. Estábamos demasiado lejos para ver si era joven o vieja. Dio unos pasos bajo la luna y luego se detuvo.

—¿Qué hace? Parece como si escuchara algo o se concentrara.

—Es una bruja —dijo Jo—. Tal vez tenga el oído fino y la vista aguda. En tal caso, puede oímos desde lejos. Quizás hasta vea en la oscuridad, quién sabe.

—Basta, Jo. Ya es bastante horrible así, sin aumentarle nada.

Ambos nos sobresaltamos cuando la Carbonera alzó los brazos al cielo. Después empezó a hablar, pero no distinguíamos lo que decía. Ni siquiera estoy seguro de que fuera en nuestro idioma.

—Sé lo que está haciendo —dijo Jo con voz temblorosa—. ¡Está invocando a la luna! ¡Le habla a la luna para pedirle un favor!

—¿Qué favor?

—¡Pues transformarse en loba, por supuesto!

La única persona que podía ayudarnos estaba ahí, en el claro del bosque, invocando a la luna para convertirse en monstruo. Esa mujer había echado una maldición sobre la ciudad y la gente moría de viruela por culpa de eso.

Era una mujer mala, una bruja y, sin embargo, debíamos pedirle auxilio. En verdad, la vida no siempre ofrece su mejor cara.

La ceremonia duró unos diez minutos, luego la bruja entró a su casa. Antes de cerrar la puerta, la oímos soltar una carcajada espantosa. Parecía la risa de una loca o de alguien que acaba de ganar el premio mayor.

Tener la sangre helada en las venas: por primera vez comprendí lo que eso significaba.

—Creo que debemos ir hacia allá, Jo.

—¿Estás loco? ¡Yo no me acerco a esa mujer! ¡Prefiero pasar el resto de mi vida en 1889!

—¡Pero estamos aquí para hablar con ella! ¡No vamos a cambiar de opinión en el último momento!

—¡Pero si ni siquiera estamos seguros de que la bruja pueda enviarnos de regreso a casa! ¡Tal vez no tenga absolutamente nada que ver con nuestra llegada aquí!

Jo había escondido el rostro entre la hierba y los sollozos sacudían su cuerpo.

Me pregunté por qué yo no lloraba. Me sentí un poco tonto y comprendí que Jo era más realista. Acaricié su pelo como nunca antes me había atrevido a hacerlo. Me decía a mí mismo que si algún día regresábamos a casa, me las arreglaría para darle un regalo cada semana. Me di cuenta de que la quería mucho más de lo que pensaba. La besé en las mejillas, me incorporé y le dije:

—Quédate aquí. Iré yo solo.

—No hagas eso, es demasiado peligroso.

—Lo sé.

Me fui de inmediato porque estaba triste. Pero apenas había llegado al claro, oí un ruido atrás de mí. Jo me venía siguiendo.

—Estoy mejor, Maximino.

Con Jo a mi lado tenía menos miedo de acercarme a la casa. Tu mejor amiga, es algo que realmente vale su peso en oro.

Caminábamos con lentitud examinando los árboles que nos rodeaban. Al caminar hacíamos crujir las ramas chicas. La luna iluminaba directamente el claro y éramos tan visibles como un cantante de rock en escena.

La casa, de cerca, era aún más fea. No se veía nada a través de las ventanas, debido a las cortinas. Al llegar ante la puerta aguanté la respiración. Me temblaban las rodillas.

Toqué tres veces. Hubo ruido de pasos dentro de la casa. La puerta se abrió. La bruja apareció con su cabellera alborotada, su vestido largo y negro.

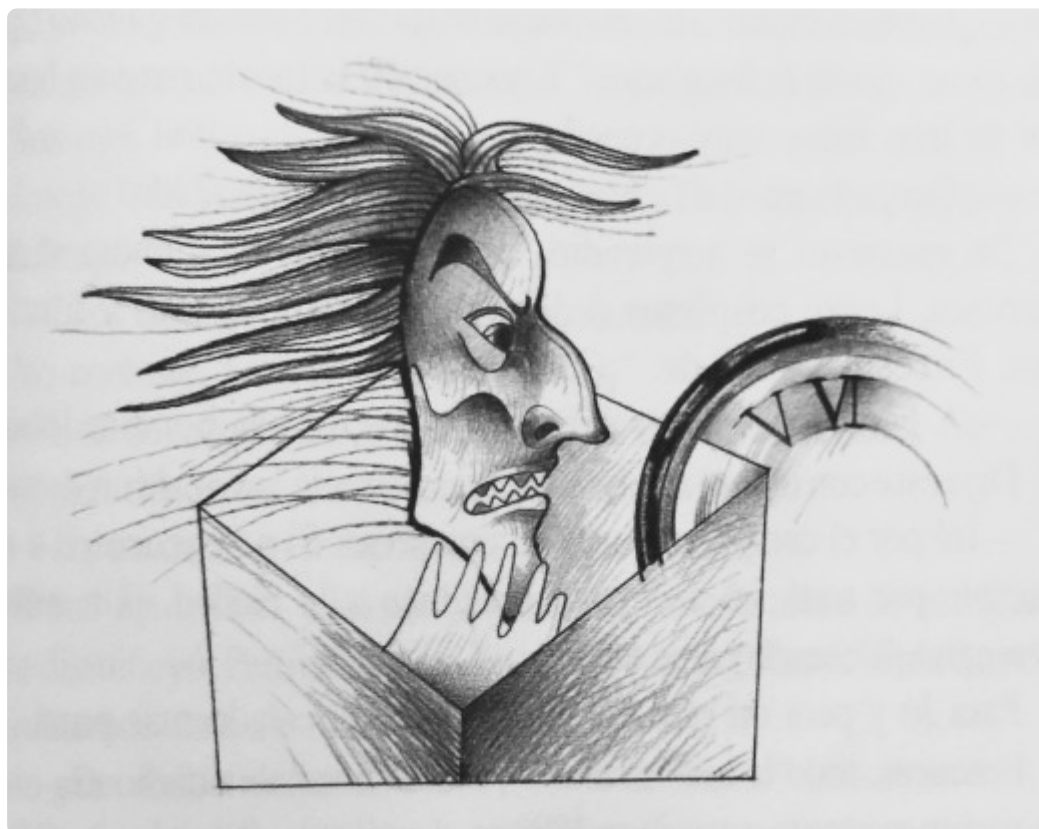
Se inclinó hacia nosotros sin decir palabra y vimos su rostro.

Jo pegó el grito más largo que yo jamás haya escuchado.

¡Su rostro era horrible, espantoso! Sentí tanto miedo que mis piernas me abandonaron como unas cobardes. Me desvanecí. El grito de Jo perforaba mis oídos.

Mi cabeza dio contra el suelo y perdí el conocimiento.

¿Cómo será el futuro?



MI INCONCIENCIA NO DURÓ MUCHO TIEMPO. CUANDO DESPERTÉ ALGUIEN ME llevaba en brazos y me depositaba en un camastro. Estaba dentro de la casa.

Jo se mantenía junto a mí y detrás de ella estaba una mujer. Era más bien bella y estaba vestida de negro como la Carbonera.

Pregunté en dónde estaba la bruja.

—¿La bruja? —respondió la joven mujer—. ¡Aquí esta la bruja!

En la mano tenía una máscara. La reconocí. Era el rostro del terror.

—¡La bruja es usted! ¿Por qué se puso esa máscara para abrir la puerta?

—¿Estaban esperando una vieja bruja con nariz de gancho? ¡Pues bien, yo no quería defraudarlos! Y, ya que estás mejor, me van hacer el favor de irse. Estoy muy ocupada.

—¿Ocupada en qué? ¿En transformarse en lobo?

De momento se sorprendió, después lanzó su famosa risotada demoníaca. Luego crispó sus dedos como si fueran garras y torció los labios. Parecía un aviso de: «¡Cuidado con el perro!»

—¡A la medianoche en punto me convertiré en hombre lobo!

Dijo esto con una voz tan terrible, que parecía la voz de un demonio.

—Iré por el campo en busca de una presa. Si no encuentro a nadie apetecible por aquí, iré a devorar a alguien a la ciudad. ¡Un niño, de preferencia! ¡Tienen la carne tan tierna!

Para Jo y para mí esto era el horror en su estado más puro.

Entonces, todo lo que la señora Fortune nos había dicho era cierto. Terminaríamos nuestra estancia en 1889 en el estómago de una bruja. Que esta fuera bonita, eso importaba un cacahuete. Era una cuestión sin la menor importancia.

Estábamos sentados en la cama, encogidos, con la espalda contra la pared, e intentábamos protegernos con brazos y piernas. Sin embargo, la bruja no se movía. Pero a veces las palabras pueden hacer mucho daño, nosotros lo estábamos experimentando.

Como yo me movía mucho, los botines salieron debajo de mi abrigo. Al verlos, la Carbonera cesó de reír. Sus ojos se agrandaron, pero el resto de su cara ya no parecía la de una bestia. La máscara de la vieja bruja cayó al suelo. Se acercó a la cama.

Miraba los botones como si se tratara de una catástrofe o de una gran alegría yo no sabía bien todavía. Luego nos miró. Mucho tiempo. Sonrió. Una sonrisa que aumentaba y aumentaba. Tanto, que casi desaparece toda su cara. Sus ojos brillaban como si fuera a llorar.

Luego habló con una voz tan dulce que casi no podía creer que se tratara de una bruja.

—Esos botines... ¿En dónde los encontraste?

Yo contesté.

—Son de usted. Nos lo dijeron en una fábrica de zapatos.

—¿En dónde los encontraron? —repitió la bruja.

—En mi casa, en mi recámara.

Tomó los botines y los alzó lentamente hasta la altura de sus ojos. Su sonrisa disminuyó. Pero era una linda sonrisa, hasta nos hacía sentir bien. Nos tranquilizamos, casi sin saber por qué.



—¿De dónde vienen ustedes? ¿Cómo se llaman?

Seguía teniendo el mismo tono sorprendentemente dulce.

—Yo soy Maximino. Mi amiga se llama Jo. Pero no sé si vaya a creer lo demás.

—Viajaron por medio de estos botines, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—¿Acaso...? ¡No me atrevo a creerlo! ¿Acaso vienen del futuro?

Jo y yo nos miramos. El miedo que hacía horas me retorció el estómago desapareció de golpe.

—¡Sí, señora! —dijo Jo con excitación—. ¡Venimos del futuro! ¡Del año de 1989, para mayor precisión!

La bruja ocultó un momento el rostro entre sus manos. Luego abrió los brazos.

—¡Lo logré! ¡Logré mi experimento! ¡Creía que los botines habían desaparecido en el vacío!

Se sentó con nosotros como si estuviera feliz de encontrarse con unos viejos amigos después de mucho tiempo.

—¡Cuéntenme! ¡Háblenme de su sociedad! ¡Díganme cómo será el futuro!

Yo estaba de acuerdo. Pero algo me inquietaba.

—Todo mundo dice que usted es una bruja. Si es así, no se incomode. Nos gusta saber con quién tratamos.

Se rió.

—Una bruja, sí, eso es lo que la gente dice de mí. Confieso que no hago nada por desengañarlos, puesto que quieren creer eso. Por tal motivo los recibí hace un momento con esa máscara horrorosa.

—¡La vimos invocando a la luna! —dijo Jo—. La gente normal no hace eso.

—Hay muchas cosas que las personas normales deberían hacer y no hacen. A veces hablo con la luna porque es hermosa. Durante el día hablo con el sol por la misma causa.

—¿No se va a convertir en hombre lobo?

—¡Pues no! ¡Por supuesto que no!

—¿Y la epidemia de viruela?, ¿no fue usted quien la provocó con su brujería?

Bajó la cabeza.

—Sí, la gente me culpa de haber embrujado el agua y la leche, ¡Qué tontería! ¿Acaso ignoran el grado de suciedad de esa agua? ¡Habría que filtrarla antes de beberla, y poner aparatos que hicieran eso! Y la leche que beben está llena de microbios de todo tipo. Un día la ciencia encontrará la forma de purificarla, estoy segura.

Después tuvo una duda.

—¡Pero ustedes me sorprenden! ¿Dicen que vienen de 1989 y aún creen en esas tonterías? ¡No me digan que el mundo ha evolucionado tan poco en cien años!

—No es eso —dijo Jo—. Sólo que desde que estamos aquí nos hemos dejado influenciar un poco.

—Ah, bueno. Háblenme de la medicina del futuro. ¿Acaso ya vencieron a la viruela, la difteria, la tuberculosis?

Yo nunca había oído hablar mucho de esas enfermedades. Dije que sí con la cabeza.

—¿Es posible? Hoy en día, veinticinco por ciento de los niños mueren antes de cumplir un año. La mortandad infantil es una calamidad. ¡Las condiciones de vida de la gente son tan insalubres!

Se puso de pie.

—En estos días la vida es difícil. Varias familias se ven obligadas a irse a Estados Unidos para encontrar empleo. Los hombres trabajan hasta diez horas por día y seis días a la semana, ¿Cómo pueden gozar de la vida si son tratados como bestias? Hasta los niños tienen que trabajar.

—En 1989 Maximino y yo vamos a la escuela. Todos los niños van.

—¿Todos los niños? ¿Acaso los padres son muy ricos?

—En absoluto. La escuela es gratuita.

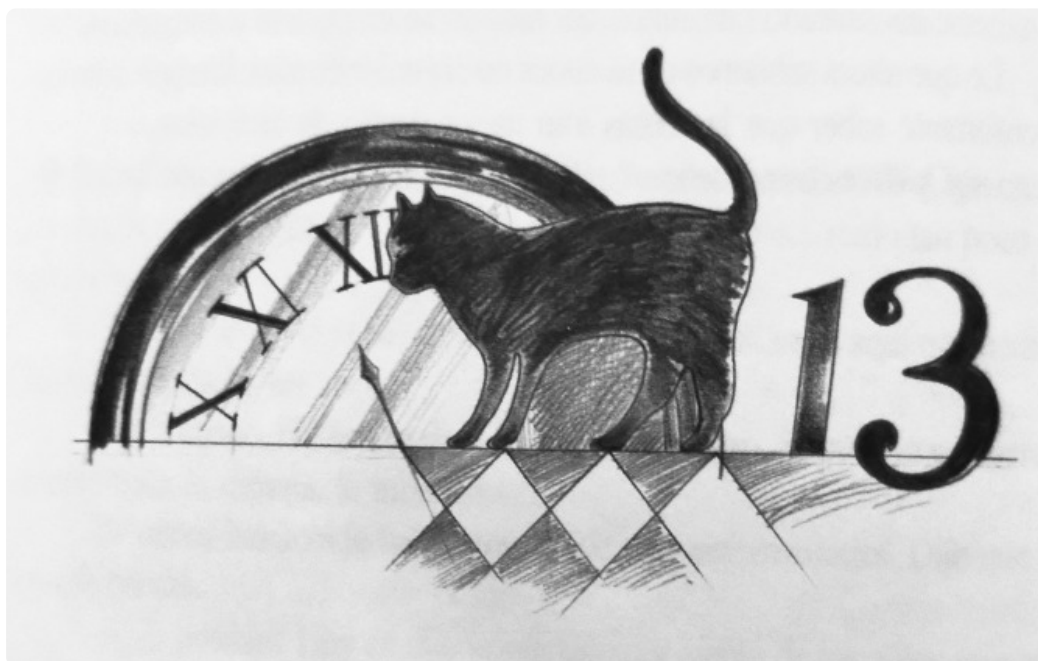
—¡Eso que me están diciendo es extraordinario! ¿La escuela gratis? ¿El saber al alcance de todos?

Nos tomó a cada uno de la mano con fuerza. Estaba realmente contenta de haberse encontrado con niños del futuro. Yo empezaba a entenderla.

Lo que ahora sabíamos de su época no era color de rosa. Siempre resulta reconfortante saber que las cosas irán mejor dentro de cien años.

—¿Quién es usted, señora? ¿Por qué la gente cree que es una bruja?

El grimorio



EMPEZÓ A CAMINAR POR LA HABITACIÓN. ERA HERMOSO VERLA. SE DESPLAZABA lentamente como una bailarina.

—Me llamo Gabriela Carbonero. La gente nunca me ha aceptado porque no hago nada de lo que se supone debe hacer una mujer. En primer lugar, soy soltera. Y ante todo, soy una investigadora. Me interesa la ciencia y el porvenir de la humanidad. Estamos viviendo un periodo de gran desarrollo intelectual y yo quiero participar en esta gran aventura.

Había algo de tristeza en su voz.

—¡Pero desgraciadamente soy una mujer! Sólo los hombres tienen derecho a saber y pensar, a expresar sus opiniones. Las ideas de una mujer no tienen ningún valor. Las mujeres no tienen derecho a votar en las elecciones. En las fábricas, ganan la mitad del salario de los hombres.

Al escucharla comprendí que debía de ser muy buena maestra.

—Como a la gente no le gustaba que hablara de esto con los niños, me echaron de la escuela. ¡Luego dijeron que yo era una bruja! Durante algún tiempo, sus supersticiones me convinieron. Nadie se me acercaba y yo podía hacer en paz mis experimentos.

Salté al meollo del asunto.

—¿Y los botines? ¿Y nuestro viaje en el tiempo? ¿Es uno de sus experimentos?

Nos tomó de la mano y nos invitó a que la siguiéramos a la otra habitación. Parecía una biblioteca. Los muros estaban tapizados de libros y había otros más apilados en el piso. Ni Hugo, en su casa, tiene tantos. Señaló un libro grande sobre una mesa.

—¿Ven ese libro? Es un grimorio. De ahí obtuve la idea del viaje en el tiempo.

—¿Qué es un grimorio? —dijo Jo.

—Un libro de magia; de brujería, si prefieren.

—¡Usted nos dijo que no era bruja!

—No les mentí. La mayoría de los libros que tengo son científicos. Pero también tengo algunos libros de magia negra. He hecho varios experimentos en ese terreno, los suficientes para descubrir que todo eso, en general, no es muy serio —dio un manotazo en la frazada y salió algo de polvo.

—Sin embargo, los grimorios tienen a veces ideas interesantes. Ustedes saben, la ciencia no pertenece sólo a los científicos.

Levantó el libro con esfuerzo.

—En este grimorio encontré una fórmula supuestamente mágica para conocer el futuro. Nunca funcionó conmigo. De todas formas comprendí que era posible, en teoría, abandonar el presente y viajar al futuro.

Gabriela hojeaba el libro como si buscara una página en particular.

—Basándome en este libro y en obras científicas, hice una serie de experimentos. Uno de ellos consistió en fabricar unos botines que sirvieran para transportarse en el tiempo. Esta idea me hacía reír, pero había que intentarlo todo.

Colocó el libro abierto sobre la mesa.

—Dibujé el modelo, después presenté mi orden de trabajo en la fábrica. Hace seis meses, después de hacer los cálculos necesarios, me

puse los botines. Sin embargo, ellos se fueron solos.

—Si entendí bien, sus botines cruzaron el tiempo hasta 1989 y reaparecieron en mi casa, en mi recámara. Cuando yo me los puse, automáticamente rehicieron el mismo trayecto en sentido contrario.

—Creo que eso debió suceder.

—Gabriela dijo Jo—, ¿serías capaz de llevarnos de regreso a casa, en 1989?

—Creo que sí. En fin, eso espero. Desde hace algún tiempo trabajo en otro proyecto. Construí una máquina.

—¿En dónde está? ¿Podrías regresarnos al ahora mismo?

—No está aquí. Pero si quieren regresar a casa, los voy a llevar.

Hice a mí vez una pregunta.

—¿Por qué tienes un deseo tan grande de conocer el porvenir?

Ella estaba de pie, en medio de todos sus libros mágicos y científicos. Una lámpara de aceite iluminaba su rostro. Pero parecía que la luz provenía de Gabriela y no de la lámpara.

—¿El porvenir? Creo que los conocimientos que obtendremos pueden cambiar el mundo. Y que la ciencia aliviará las miserias de la humanidad. Que nos ayudara a construir un mundo mejor. Sí, creo que es posible.

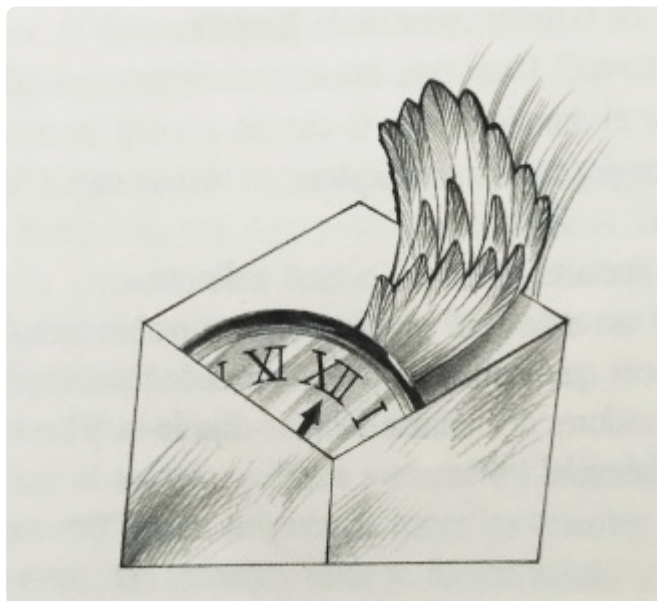
Como no decíamos nada, se acercó a nosotros.

—¿Acaso me equivoco? ¿El futuro no se parece a eso?

Oímos voces que venían de fuera. Voces de hombres.

—¡Los cazadores del hombre lobo! —dijo Jo—. ¡Han venido aquí para matarte, Gabriela!

El reloj del abuelo



—¿ESTÁN SEGUROS? ¡SI LOS ENCUENTRAN CONMIGO, LOS MATARÁN TAMBIÉN!
Escuchó con atención. Las voces se acercaban.

—¡Huyamos pronto! ¡Por aquí!

Abrió una portezuela oculta bajo la mesa. Después se escabulló ella primero por la abertura. Era una especie de túnel. Los tres salimos en poco tiempo.

Ahora, oíamos mejor a los cazadores.

—¡Corramos hacia el río! ¡Allá estaremos a salvo!

Corrimos. Empezábamos a acostumbrarnos, Era como si sólo hubiéramos hecho eso durante todo el día.

Los hombres se acercaban cada vez más. Muchos alzaban su hoz riéndose con fuerza. ¡Cortarnos la cabeza sería algo realmente divertido para ellos! Pero no había que tenerles demasiado rencor. Habían tomado

mucho vino y los adultos con frecuencia pierden la inteligencia en esos casos.

No quería morir y tampoco se lo deseaba a Jo. Ni quería que le hicieran daño a Gabriela. Cuando el río apareció entre los árboles, Gabriela torció a izquierda.

Seguimos por la orilla, completamente sofocados, pero aún no veíamos nada que nos pudiera salvar. Gabriela se escabulló en el bosque y regresó jalando una canoa.

—¡Súbanse! ¡Es una canoa de corteza! ¡Nos escaparemos por el túnel!

Después supe que la huida por el túnel era algo que sucedía en viejas leyendas. De noche, en los campos de trabajo, los Jeñadores extrañaban con frecuencia a sus enamoradas. Entonces, se embarcaban en una canoa de corteza y vendían su alma al diablo. A cambio, el diablo hacía volar la canoa hasta la ciudad.

A pesar de que eso era tan insensato como los botines para viajar en el tiempo, obedecimos a Gabriela.

Subió con nosotros, después se bajó como si hubiera olvidado algo.

—No me puedo embarcar. Acabo de recordar que el número de los pasajeros debe ser par. Y somos tres.

—¡Te van a cortar el cuello! —dijo Jo.

En lugar de contestar, Gabriela nos explicó qué camino debíamos tomar.

—¡No funcionará! ¡Una canoa no puede volar!

—Es una simple cuestión de viento y de aerodinámica. No hay nada de mágico en ello. Para controlar la dirección, usen los remos.

Pronunció una especie de fórmula y la canoa despegó del suelo. Esto me recordaba los efectos especiales del cine, salvo que aquí era real. Desde lo alto vimos cómo corría Gabriela. Justo a tiempo, ya que los hombres casi habían llegado al río.

El viento sonaba fuerte en nuestros oídos y la canoa no parecía muy segura. Gabriela y sus perseguidores se hicieron pequeños, después los perdimos de vista.

Entre más alto subíamos hacía más frío. Entonces empezamos a remar como si fuera algo normal. Lo más raro era que la canoa obedecía a los movimientos de los remos.

Después de algunos minutos, vimos la gruta en donde estaba la máquina. ¿Pero cómo haríamos para bajar? Dejamos de remar y la canoa perdió altura.

Como no habíamos tomado ningún curso para pilotos, la canoa aterrizó estrepitosamente. Salimos disparados. Luego corrimos a la gruta.

Al final de un corredor húmedo y oscuro encontramos signos de civilización. Había una lámpara encendida, un gran colchón con cobertores, una mesa, libros y una alacena. Colocado hasta el fondo, un reloj como el del abuelo gigantesco, llamaba la atención.

Era inmenso, el más grande que jamás había visto. Debía medir siete u ocho metros de alto. Su péndulo era del tamaño de la parte trasera de un autobús.

Estábamos rendidos después de tantas emociones. Nos preguntábamos si Gabriela estaría viva aún y si nos alcanzaría en la gruta como había prometido. Para un muerto, resulta difícil cumplir las promesas.

Los dos nos dormimos con estos pensamientos sombríos en la cabeza. Fue Gabriela quien nos despertó.



Estaba sonriente y no parecía haber sufrido ninguna herida.

Debían haber transcurrido una o dos horas desde que nos habíamos separado.

Le pregunté cómo había hecho para llegar hasta allí.

—¡Ah, se les olvida que soy una bruja!

Su carcajada maldita estalló en la gruta. Ya no me daba miedo y hasta me parecía cómica. Era contagiosa.

Gabriela extendió los brazos hacia el fondo de la gruta.

—¿Vieron la máquina?

Lo único que veíamos era el gigantesco reloj del abuelo.

—Ahora debemos hacer una prueba.

—¿Qué? —dijo Jo—. ¿Ese reloj es una máquina para viajar en el tiempo?

—Eso es lo que espero de todo corazón. Verifiqué mis cálculos una y mil veces. Debe llevarlos de regreso a casa.

De cualquier modo, yo no estaba completamente convencido.

—¿Y si no funciona?

De pronto, se puso seria. Luego hizo un esfuerzo por ponerse de buen humor.

—Lo peor que puede suceder es que permanezcan aquí.

—Confiamos en ti, Gabriela —dijo Jo con una voz insegura.

Era cierto que le teníamos confianza, pero a pesar de todo hay límites. Nos hizo señas de que nos acercáramos al reloj.

—Cuando estén listos, sólo tienen que acomodarse en el péndulo. Allí acondicioné dos asientos para los viajeros. Voy a mover las agujas del cuadrante hasta la hora exacta de su llegada. El día y el año aparecerán en un segundo cuadrante que se encuentra en lo alto, ¿ven?

Subió por una escalera hasta llegar a la altura de los cuadrantes. Después hizo girar unas ruedas y activó unos engranajes.

Nos preguntó en qué fecha y a qué hora queríamos estar de regreso en casa. Al final, el año 1989 y el día de mi cumpleaños aparecieron señalados en el cuadrante. Las agujas marcaban las ocho de la noche.

Gabriela se plantó frente a nosotros con las manos en la cintura. Había un poco de admiración en su mirada.

—Me hubiera gustado partir con ustedes. Desgraciadamente el péndulo sólo tiene dos asientos. Tal vez volvamos a encontrarnos algún día. ¿Quién sabe?

Se agachó. Nos miraba directo a los ojos.

—No tuve tiempo de saber mucho sobre su mundo. ¿Quisieran hablarme de él un poco, tan sólo para dejarme un recuerdo?

Yo mismo me encargué de eso.

—Habría tantas cosas que decir, Gabriela.

—¡Pues entonces, díganlas! ¿Ya no hay miseria en donde ustedes viven? Ustedes van bien vestidos y parecen gozar de una perfecta salud. La vida debe ser mucho más fácil allá.

Pensé en el horno de microondas que había comprado mi padre, en el magnetoscopio de Pulgar, en los coches, los aviones y la leche sin microbios. Pensé en un buen duchazo caliente, en las vacunas y en mi madre que trabajaba en un estacionamiento. Pensé en un montón de cosas.

—Sí, la vida es más fácil que aquí.

—Gracias a la ciencia, ¿han disminuido las diferencias sociales, así como la ignorancia y la injusticia? Seguramente ya no hay guerra ¿Las personas han evolucionado, son más pacíficas, más tolerantes? Vamos, díganme la verdad.

Era feliz imaginando un futuro así. Yo pensaba en lo que veía a diario en las noticias. Me habría gustado no decir nada más, pero ella no me facilitaba la tarea.

—Más vale que no vengas con nosotros, Gabriela.

—¿Por qué?

—Pienso que no soportarías la impresión del viaje.

Se levantó en silencio. Como era una mujer optimista, se sacudió pronto la tristeza.

—Ahora instálense en el péndulo. No me gustaría que esos brutos los descubrieran aquí.

Nos ayudó a sentarnos a cada lado del péndulo. Luego activó una manecilla, y el péndulo empezó a oscilar cada vez más rápido.

—¡Adiós, Jo y Maximino! ¡Y cuiden bien al futuro!

Nos habría gustado decirle gracias y hasta luego. Pero estábamos como paralizados por los movimientos del péndulo.

La imagen de Gabriela se borró. La gruta se llenó de millones de puntos de colores.

Durante un largo tiempo, no pensé en nada. Ni siquiera sabía si aún existía.

Epílogo



CUANDO SALIMOS DE MI RECÁMARA, TODOS ESTABAN AÚN ALREDEDOR DE LA mesa. Mirabelle, Hugo, Ozzie y Pulgar se acababan mi pastel de cumpleaños. Se reían. Era mi fiesta y tenían razones para divertirse.

Enseguida abracé a mi mamá y a mi papá y los estreché fuertemente. Cuando empecé a llorar, notaron que estaba sucio y vieron mis zapatos agujerados. Miraron a Jo. Ella estaba hablando por teléfono con su mamá. También lloraba de alegría y estaba muy emocionada.

Hugo y Mirabelle no comprendían. Pensaban que habíamos salido y que durante nuestro paseo habíamos sufrido algún accidente.

Para ellos no había pasado más que un cuarto de hora.

Antes de contarles todo, miré por la ventana.



Índice de contenido

¡Extraña sorpresa!

¿Me podría decir en qué año estamos por favor?

La Carbonera

La señora Fortune

Bruja y hombre lobo

¿Nosotros, duendes?

La risa de la bruja

¿Cómo será el futuro?

El grimorio

El reloj del abuelo

Epílogo